



Miguel Artola.

agrupa ponencias y comunicaciones presentadas al Seminario de Historia Agraria, celebrado los días 9, 10 y 11 de marzo de 1977 en la Fundación Juan March, bajo la dirección de Miguel Artola. Fueron cuatro las sesiones de trabajo, recogidas taquígraficamente o con magnetófono (varias veces se escribe, por ejemplo, Livic por Liebig).

La ponencia de Emilio Giralt Raventós ("Técnicas, cultivos y producción") abrió la primera sesión, con comunicaciones de Le Flem, Vidal, Palop, Sanz Fernández, Garrabou y Robledo, centradas todas en temas afines al del ponente. La propiedad de la tierra fue el punto central de la segunda sesión; encabezada por el ponente Antonio Miguel Bernal y con comunicaciones de Portela Silva, Collantes de Terán, Angel Cabo, Fernández de Pinedo, Bilbao y Marteles. Las formas de explotación ocuparon la sesión tercera. Ponente, Jesús García Fernández, y comunicaciones de Daviu Pons, Moll Blanes, Serau, Contreras, Naredo, López Ontiveros y Gómez Mendoza. De ponente en la cuarta sesión estuvo Gonzalo Anes ("Comercio de productos y distribución de rentas"), y de comunicantes, García Sanz, Serra Puig, Torrás Elías, Marcuello y Fernández García.

Cerró el Seminario Pierre Vilar con unas "Reflexiones sobre la noción de economía campesina". Son, al mismo tiempo, unas reflexiones sobre la obra del ruso Chálanov (1888-?) hechas desde hoy. Vilar sabe mezclar, con talento literario, lo científico con lo biográfico, como en esos recuerdos a su difunto amigo Daniel Thorsner, el hombre que al término de su vida vela como periclitado el concepto de "modo

ADIOS A LAS LETRAS

Vista del amanecer

Me he vuelto al trópico, ¿qué quieren que les diga! Estas crónicas que me leen en junio están escritas desde la atmósfera fresca que da la costa caribeña, un solar en el que los mangos pesan dos kilos y los libros de Borges caminan con uno como si hubieran siempre existido, adheridas a nuestra piel. La lectura es lenta y profunda, los días pasan como si todo fuera una fugaz vista del amanecer en el trópico.

Desde aquí recuerdo mis últimos tiempos en España. El Congreso de los Escritores, que tantos quebraderos de cabeza me trajo; la creación y posterior languidecimiento del Ministerio de Cultura; la caída del Imperio romano. Los hechos ocurridos recientemente en España me sugieren todo lo contrario de lo que sugeriría la vista del amanecer en el trópico.

Esta me evade, me aturde de tanta belleza: la otra me sume en una blanda depresión, la sensación impropia de no ser nada, de nadar en medio de la corriente a la busca del tiburón para que la labor de desgaste de los años no tenga que efectuarse y la muerte venga rápida, bien por culpa de la cicuta o bien por culpa de la lectura de nuestros clásicos actuales.

Entre todas las casualidades que últimamente ocurrieron en nuestro país, anoté una, al menos, con lápiz amarillo. En España no ocurren hechos literarios, ni frases famosas. Pasan casualidades. El otro día, en la presentación de un libro sobre un Congreso de Escritores celebrado en Almería, alguien tuvo la feliz ocurrencia de reivindicar el aburrimiento. Dijo: "En aquel Congreso no tuvimos ocasión de divertirnos".

No haber celebrado el Congreso, señor. Hay literatos a los que debiéramos llevar a un reformatorio del mal humor. Reivindican todo, escriben sobre todo, y todo lo hacen con un mohín de disgusto en la boca. "No tuvimos tiempo de divertir-

nos". Craso error. El tiempo para divertirse hay que alcanzarlo en cualquier esquina del día. En el Congreso Internacional de Escritores que hubo recientemente en Las Palmas, el dramaturgo Antonio Gala fue preciso: "Cuando mejor lo paso es por la noche, porque los escritores somos vitalistas y nos gusta divertirnos".

Esa cara del español cansado y aturdido por la presencia innoble de tantas responsabilidades es falsa. Es falso también el escritor que asegura que su actividad no debe dejar resquicio al divertimento, uno de los ejercicios intelectuales más prodigados a lo largo de la historia cultural de todos los siglos.

La otra frase, la otra casualidad, a la que le he pasado el lápiz amarillo fue esa de Luis Rosales, que identifica los versos que escribe con los maíces que saltan, vivarachos, en la sartén. En el mango de la sartén está él, con un ejemplar de la "Estafeta Ilustrada Literaria" en la otra mano, observando cómo el maíz asciende hasta la altura de sus ojos azules, inquisidores. Al final, todo frito. Le sale un poema frito. Lo mejor de los escritores es su capacidad para crear ilusiones ópticas. Los artistas del arte óptico (op-art) no tendrían nada que hacer ante la imagería de Luis Rosales.

Una tercera frase es la de Alvaro Cunqueiro: "He querido ser un jardinero del lenguaje". Y, en efecto, lo dice tomando de un lado la azada y de otro un libro de versos, una novela fantástica o un artículo de periódico. Son los agricultores de nuestra lengua, aquellos que la abonan, la ponen en barbecho, nos la piensan, mientras nosotros vamos de frívolos por ahí, divirtiéndonos, bebiendo vino de Ribeiro, dejando en las estanterías, porque no tenemos tiempo para nada, los libros de Sorel y Lera, e incluso los textos del Congreso de Almería. ■ SILVESTRE CODAC.



Antonio Gala, Luis Rosales y Alvaro Cunqueiro.